

Las categorías del juicio profesoral

Pierre Bourdieu*
Monique de Saint Martin*

«A instancias de la sección marxista de los estudiantes, Lenin iba a dar tres conferencias sobre la cuestión agraria en la escuela de estudios avanzados, que fueron organizadas en París por profesores que habían sido despedidos de las universidades rusas (...). Me acuerdo que, antes de esta primera charla, Vladimir Ilitch se sentía muy agitado. Pero, una vez en la tribuna, volvió inmediatamente a ser dueño de sí mismo o, al menos, es la impresión que dio. El profesor Gambarov, que había venido a escucharlo, le manifestó a Deutch su impresión en dos palabras: 'es un verdadero profesor'. Obviamente, creía hacerle así el mayor de los elogios.»

León Trotsky, Mi vida

Las discusiones que se han suscitado, tanto entre los etnólogos (etnociencia) como entre los sociólogos (etnometodología), sobre las clasificaciones y los sistemas de clasificación, tienen en común el hecho de que se olvida que estos instrumentos de conocimiento cumplen, como tales, funciones que no son de puro conocimiento: se puede aceptar que la práctica implica siempre una operación de conocimiento, es decir, una operación más o menos compleja de clasificación que nada tiene en común con un registro pasivo, sin convertirla por ello en una construcción puramente intelectual; el conocimiento práctico es una operación práctica de construcción que pone en juego, por referencia a funciones prácticas, sistemas de clasificación (taxonomías) que reorganizan la percepción y la apreciación y estructuran la práctica.

Producidos por la práctica de generaciones sucesivas, en un tipo determinado de condiciones de existencia, estos esquemas de percepción, de apreciación y de acción que se adquieren por la práctica y se ponen en ejecución en estado práctico, sin acceder a la re-

presentación explícita, funcionan como operadores prácticos a través de los cuales las estructuras objetivas que los producen tienden a reproducirse en las prácticas. Las taxonomías prácticas, instrumentos de conocimiento y de comunicación que son la condición del establecimiento del sentido y del consenso sobre el sentido, no ejercen su eficacia estructurante más que en la medida en que ellas mismas están estructuradas. Lo cual no significa que se les justifique un análisis estrictamente interno («estructural», «componencial», y otros) que, al alejarlas artificialmente de sus condiciones de producción y utilización, impide la comprensión de su función social. Para convencerse de ello basta con someter a análisis ya no más tal o cual curiosidad exótica que neutraliza la distancia, terminologías de parentesco, clasificaciones de plantas o de enfermedades, sino las clasificaciones que los profesores producen cotidianamente, tanto en sus juicios sobre sus alumnos o sus colegas actuales o potenciales, como en su producción específica (manuales, tesis y trabajos doctos) y en toda su práctica. En efecto, es más difícil en este caso

poner entre paréntesis las funciones sociales del sistema de clasificación profundamente oculto, que está al principio de todas estas clasificaciones escolares y de las clasificaciones sociales que determinan o legitiman.

La jurisprudencia profesoral

El análisis del documento excepcional que representa el conjunto de las fichas individuales llevadas, durante cuatro años sucesivos, por un profesor de filosofía en un sexto año de bachillerato superior de París, debe permitir verificar *directamente* las hipótesis que habían sido ofrecidas con motivo de los criterios implícitos del juicio profesoral en su forma tradicional:¹ las taxonomías que revelan las formas rituales de los considerandos del juicio profesoral ("las apreciaciones") y de las que se puede suponer que estructuran el juicio profesoral, a la vez que lo expresan, pueden relacionarse con la sanción en cifras (la nota) y con el origen social de los alumnos que constituyen el objeto de estas dos formas de evaluación.

2 FRACCIONES DE LAS CLASES SUPERIORES

LOS MENOS RICOS EN CAPITAL CULTURAL

**Padre ingeniero - Madre secretaria
Región París**

Confuso, detritus filosóficos andan flotando y producen alguna ilusión, pero no hay ninguna investigación, trabajo puramente escolar.

Desorden, vivacidad, elocución suelta pero entrecortada. Desordenada, conocimientos con lagunas, peor que las ignoradas, Proyectos, pero muy mal ligado. Trabajo correcto. Mejor.

**Padre director adjunto explotación
París**

Rico, largo, bastante justo, un poco verboso, sin embargo, serio, reflexivo, confuso, tropieza con dificultades. Forma difusa y chata, pero con organización de conjunto sobre el tema bien construido, fea escritura, tachones. Bastante bien; seriedad, pero no define bien el tema. Flojo y un poco tonto, con trazos justos. Abuso de términos mal comprendidos.

Padre ejecutivo administrativo superior - Madre maestra - Provincia

Bien, cultura y reflexión, bastante bien escrito, se aventura a veces más allá de lo que sabe bastante bien, interesante y con total dominio.

LOS MÁS RICOS EN CAPITAL CULTURAL

Padre doctor en medicina- París

Conocimientos, pero emplea los conceptos filosóficos según su color estilístico; verborrea sonora. Por otra parte hay saber y orden.

Resumen servil.

Conocimiento y una cierta claridad de expresión, pero ningún análisis directo.

Buenos elementos pero no muy bien ligados, citas heteróclitas.

**Padre profesor de físico- química
Madre profesora de ciencias naturales
Región de París**

Preciso, escrupuloso, claro pero un poco estrecho.

Algunas gruesas tonterías, pero con cualidades.

Preciso e irritante; convicción y sofismas.

Fino, bastante bien escrito, no siempre exacto.

Padre cirujano- París

Interesante, pero desordenado, muy firme y bien conducido; conclusión un poco demasiado mística, pero sinceramente filosófica. Muy personal y construido, pero mal escrito. Vigoroso, bastante bien escrito, interesante, pero oscuro, no muy bien expresado

ALGUNAS APRECIACIONES

A) NOTA PROMEDIO: entre 8 y 10

Clases medias:

Padre agente técnico - París

Boba, mediocre, alusivo, mal compuesto, pequeñas indicaciones sin continuidad.

Resumen correcto, pero servil. Totalmente insípido.

Algunos trazos buenos (¿prestados?), pero corto y difuso.

B) NOTA PROMEDIO: entre 10 y 12

Clases medias:

Padre artesano carpintero

Madre encargada en la oficina de Correos provincia

No es tonta, pero un poco infantil, incompleto y torpe, pero interesante, una cierta cultura.

Conocimientos en vilo; visiones firmes pero muy parciales.

Sincera, seriedad, un poco tímida,, buena utilización del alemán.

Las mismas observaciones; burdo pero sincero, seriedad, buenos ejemplos.

C) NOTA PROMEDIO: entre 12 o más

Se ha reportado aquí el conjunto de las observaciones anotadas por el profesor en la ficha de algunas alumnas, como así también la nota promedio.

El número de las apreciaciones hechas sobre cada alumna es desigual, ya que el profesor no tiene que agregar, luego de cada deber o interacción, un comentario a la nota asignada.

Las operaciones de clasificación que, en este punto del curso escolar, constituyen *operaciones de cooptación*, investidas de una función análoga a la que les incumbe a las *estrategias sucesorales* en otros universos, son, sin duda, el lugar en el que se pueden comprender mejor los principios organizadores del sistema de enseñanza en su conjunto, es decir,

no solamente los procedimientos de selección de que son producto, entre otras cosas, las propiedades del cuerpo profesoral, sino también la verdadera jerarquía de las propiedades a reproducir, por ende, las "elecciones" fundamentales del sistema reproducido

Se observarán así, funcionando, *las formas escolares de clasificación* que,

como las «formas primitivas de clasificación» de las que hablaban Durkheim y Marx, son transmitidas, en lo esencial, en y mediante la práctica fuera de toda intención propiamente pedagógica. Estas formas de pensamiento, de expresión y de apreciación, deben su lógica específica al hecho de que, al ser producidas y reproducidas por el sistema escolar,

ENTRADA		Simplón, bobo	Servil, vilgar	Insipido, chato	Pesado, pastoso, lento	Pobre, somero, parcial, estrecho	Apagado, aburrido, mediocre	Hueco, vanal, soso, convencional, superficial	Simplemente correcto	Torpe, burdo, confuso, difuso	Fofo, gracioso, pueril, infantil	Escolar	Cuidadoso, atento, serio, sólido	Tímido, sensato, honesto, razonable	Pomposo, grandilocuente, verboso	Ligero, charlatán, irritante	Apresurado, rápido	Oscuro, vago, borroso, desordenado	Claro, preciso, simple	Firme, vigoroso	Sincero	Interesante	Amplio, vasto, rico	Presancia, "savoir-fair"	Fino, ingenioso, sutil, inteligente	Cultivado	Personal, lleno de vida	Dominio, investigación, espíritu filosófico	SALIDA
Capital cultural heredado (profesión y residencia del padre)																												Capital escolar (nota promedio)	
Agente fiscal, provincia	Agente técnico, París																											8.0	
Comerciante, provincia	Supervisor de correos, París																											8.0	
Visitador médico, París	Agente técnico, provincia																											8.4	
Comerciante, provincia	Receptor de impuestos, París																											8.8	
Artesano, provincia	Profesor CEG, París																											9.1	
Profesor pedagógico, provincia	Maestro, provincia																											10.4	
Maestro, provincia	Maestro, provincia																											10.2	
Gran comerciante, París	Ingeniero, París																											10.5	
Secretario administrativo, provincia	Ingeniero, París																											8.4	
Ingeniero, provincia	Director comercial, París																											9.4	
Adjunto de dirección, París	Ingeniero, París																											10.0	
Ingeniero, París	Empresario, médico, provincia																											7.6	
Director exportación, París	Gerente de sociedades, París																											10.0	
Ingeniero, provincia	Director de sociedades, París																											10.2	
Secretario general, provincia	Ingeniero, París																											9.0	
Inspector de impuestos, provincia	Profesor de secundaria, provincia																											10.2	
Profesor de secundaria, París	Farmacéutico, provincia																											9.7	
Médico, París	Médico, París																											8.2	
Diplomático, París	Médico, París																											10.1	
Médico, París	Cirujano, París																											10.8	
Profesor Fac. de derecho, París	Profesor Fac. de filosofía, París																											11.0	
Profesor Fac. de filosofía, París																												11.2	
																												8.7	
																												12.0	
																												11.0	
																												13.3	
																												12.2	
																												10.5	
																												12.1	
																												8.4	
																												10.7	
																												10.0	
																												13.0	
																												12.5	
																												12.2	

representan el producto de la transformación que la lógica específica del campo universitario impone a las formas que organizan el pensamiento y la expresión de la clase dominante.

La construcción del diagrama

Se dispone de 154 fichas individuales de alumnos de una clase de 6º año de bachillerato superior de una escuela de París para señoritas. En estos documen-

tos, establecidos alrededor de los años '60, se consignan por una parte, los datos de nacimiento, la profesión y la dirección de los padres, así como el establecimiento al que se asistió durante los estudios secundarios y, por otra parte, las notas (5 a 6 por alumno) asignadas a las tareas escritas y a las intervenciones orales, acompañadas de apreciaciones justificativas.

Dada la naturaleza de este material, se comprende que no se haya podido con-

seguir información similar referente a otras clases y determinar, con todo rigor, lo que el objeto estudiado le debe a las características particulares de la institución, de su público (femenino), y de su profesorado. Todo parece, sin embargo, garantizar la generalidad de los principios de clasificación utilizados.²

1. Se ha clasificado a las alumnas de uno de los años investigados según la importancia del capital cultural que han

heredado de sus familias o, si se prefiere, según su distancia del sistema de enseñanza, guiándose, a falta de criterios más precisos, por la profesión y la residencia, ya sea parisina o provincial, de los padres. Se empieza, pues, con los alumnos procedentes de las clases medias y se sigue luego con los alumnos que tienen su origen en las clases superiores y, dentro de las mismas, de las fracciones más desprovistas (relativamente) de capital cultural (industriales y ejecutivos) a las más ricas (profesores de universidad), quedando las profesiones liberales en una posición intermedia.

2. Cada línea del diagrama *representa el universo de los juicios que el maestro puede hacer acerca de un alumno*: se ha clasificado a los adjetivos, reagrupados en 27 clases, desde los más peyorativos hasta los más laudatorios (juntando en la misma clase a los adjetivos cuyo sentido es similar y que aparecen en asociación).

Se ha marcado con un *cuadro negro* la presencia de uno de los adjetivos de la clase considerada en las apreciaciones hechas por el profesor sobre una alumna determinada; se ha utilizado un *cuadro plumado* en los casos en los que los calificativos están provistos de un matiz o de una restricción, (por ejemplo, «palabra fácil, pero entrecortada»; «aplicado, pero servil»; «parcial, pero justo y bien llevado»; «forma difusa y sin relieve, pero con organización»).

3. Se ha colocado en el extremo derecho del diagrama *el promedio del conjunto de las notas* obtenidas en el curso del año por cada una de las alumnas.

Primera lectura del diagrama

Se nota a primera vista que los cuadros negros configuran a grosso modo una diagonal: los calificativos más favorables aparecen cada vez con más frecuencia a medida que el origen social de los alumnos es más elevado. Se observará también que las notas promedio suben a medida que se sube en la jerarquía social, por ende, a medida que aumenta la frecuencia de los juicios laudatorios. Todo parece indicar que el origen parisino constituye una ventaja suplementaria, ya que las parisinas obtienen siempre, a origen social equivalente, una tasa ligeramente más elevada de calificativos (escasos); esto, a pesar de que las provincianas, en este nivel del curso y

en un grupo reservado a la élite escolar, se encuentren fuertemente sobreesleccionadas. Las alumnas procedentes de las clases medias (que constituyen más de la mitad del grupo de las notas situadas entre 7.5 y 10 y están totalmente ausentes del pequeño grupo de las notas superiores a 12) constituyen el blanco privilegiado de los juicios negativos, y de los más negativos de entre éstos, tales como simplonas, serviles o vulgares.³ Basta con reunir los calificativos que le son aplicados preferentemente, para ver cómo se compone la imagen burguesa del pequeño burgués en tanto que burgués pequeño: pobre, estrecho, mediocre, correcta nada más, inhábil, torpe, confusa, etcétera. Las mismas virtudes que se les conceden son negativas también: escolares, cuidadosas, atentas, serias, metódicas, tímidas, prudentes, honestas, razonables. Donde sucede que se le reconozcan las cualidades más raras, tales como la claridad, la firmeza, la finura, la sutileza, la inteligencia o la cultura, es casi siempre con restricciones (leeremos, en el cuadro sinóptico, la apreciación A, que conservamos por causa de su carácter ideal típico). Las alumnas procedentes de las fracciones menos ricas culturalmente de la clase dominante, escapan totalmente a las apreciaciones más injuriosas y las designaciones peyorativas de que son objeto a menudo están sujetas a restricciones; reciben los calificativos más raros pero aun así, demasiado a menudo acompañados de reservas. En cuanto a las alumnas que proceden de las fracciones más ricas de la clase dominante, en lo que a capital cultural se refiere, escapan casi totalmente a los juicios más negativos, aun eufemísticos, así como a las virtudes pequeño burguesas y se ven atribuidas muy frecuentemente de las cualidades más buscadas.

Por cierto que la forma de clasificación adoptada tiende a minimizar las diferencias entre las clases. La gran dispersión de la distribución de los adjetivos que ocupan una posición mediana en la taxonomía no es enteramente imputable al efecto de esta posición, ni aun al efecto de la reagrupación de adjetivos diferentes, por muy cercanos que éstos sean. Se debe, sin duda, esencialmente al hecho de que el mismo adjetivo puede entrar en *combinaciones* diferentes y recibir, por este hecho, sentidos muy distintos. Éste es el caso, particularmente, de calificativos como “sólido” que, asociado a “cuidadoso” y “atento”, puede no constituir más que una forma eufemística de reconocer los méritos de la

impecable mediocridad pequeño burguesa (lo que se expresa admirablemente en el *sin más* de la expresión «correcto sin más»), mientras que, combinado con “inteligente” o “sutil”, expresa la síntesis perfecta de las virtudes escolares.

Por otra parte, se observa que a notas iguales o equivalentes las apreciaciones son aún más severas y más brutalmente expresadas, menos eufemísticas, cuando el origen social de los alumnos es más bajo. Para adquirir la intuición completa de este efecto, es suficiente leer en el cuadro sinóptico los juicios hechos sobre alumnos de orígenes sociales diferentes, que han recibido calificaciones semejantes (es decir, situadas en el mismo nivel, por ejemplo A, B y C). Se ve que los *considerandos del juicio* parecen más fuertemente ligados al origen social que *la calificación* por medio de la que se expresan; esto, sin duda, porque revelan más directamente la representación que el profesor se hace de los alumnos partiendo del conocimiento que tiene, por otra parte, de su hábito corpóreo (hexis) y de la evaluación que de él se hace en función de criterios completamente ajenos a los que están explícitamente reconocidos en la definición técnica del desempeño exigido.

El juicio profesoral se apoya, de hecho, sobre todo un conjunto de criterios difusos, nunca explicitados, nunca contrastados o sistematizados, que le son ofrecidos por los trabajos y los ejercicios escolares o por la persona física de su autor. *La escritura*, a veces explícitamente mencionada, cuando llama la atención por su «fealdad» o su «puerilidad», es percibida con referencia a una taxonomía práctica de las escrituras que está lejos de ser neutra socialmente y que se organiza alrededor de oposiciones tales como «distinguida» e «intelectual» o «pueril» y «vulgar». *La presentación*, que no se menciona más que excepcionalmente, se comprende también a través de una red marcada socialmente: la desenvoltura excesiva y el cuidado meticuloso (el subrayado escolar y los lápices de colores primarios) se ven igualmente condenados. *El estilo y la «cultura general»* se toman explícitamente en cuenta, pero en grados distintos y criterios variables según las disciplinas (por ejemplo, en filosofía y en francés).

Se ve que la cultura específica, en este caso en particular, el conocimiento de los autores filosóficos, el dominio del vocabulario técnico de la filosofía, la aptitud para construir un problema y llevar a cabo una demostración rigurosa, etc., no cuentan de hecho más que en una parte

mínima en la apreciación. Los criterios externos, los más frecuentemente implícitos y aun rehusados por la institución, tienen un peso mucho más importante en la apreciación de las manifestaciones orales, ya que, a los criterios ya mencionados, se une todo lo que se refiere a la palabra y, más precisamente, *el acento, la elocución y la dicción*, que son las marcas más seguras, ya que son las más indelebles, del origen social y geográfico, *el estilo del lenguaje hablado*, que puede diferir profundamente del estilo escrito, y en fin, y sobre todo, *el «hexis» corporal*, los modales y el porte, que a menudo se designan muy directamente en las apreciaciones.

No cabe duda de que los juicios que pretenden aplicarse a toda la persona tienen en cuenta no sólo la apariencia física propiamente dicha, que siempre está socialmente marcada (a través de los indicios tales como la corpulencia, el color, la forma de la cara), sino también *el cuerpo tratado socialmente* (con la ropa, el adorno, el cosmético y sobre todo los modales y el porte), que es percibido a través de las taxonomías socialmente constituidas, que son percibidas como *signo* de la calidad y del valor de la persona. (Debido a la mala calidad de las fotografías adheridas a las fichas, hubo que renunciar a relacionar la percepción que el profesor podría tener de los alumnos a través de su apariencia física y los adjetivos utilizados.) El «hexis» corporal constituye el soporte principal de un juicio de clase que se ignora como tal: todo sucede como si la intuición concreta de las propiedades del cuerpo, captadas y designadas como propiedades de la persona, estuvieran en el principio de una comprensión y de una apreciación global de las cualidades intelectuales y morales.

Si los discursos encargados de evocar a una persona desaparecida le dan un lugar tan importante a la descripción de su apariencia física, es porque ésta funciona no sólo como un prontuario, si no también como un *análogo* sensible de toda la persona, de lo que ésta ha sido desde el primer encuentro: *“Toda su persona producía el sentimiento de que no tenía un cuerpo más que porque era necesario tenerlo, aunque no se supiera a ciencia cierta qué hacer con él. Su cuello muy largo terminaba en una cabeza a la vez simpática y extraña, casi siempre inclinada hacia un lado o el otro. Presentaba ese color de piel rubio incoloro que es propio de los niños frágiles y cuidados -quizás demasiado cuidados por mujeres ya de edad y miedosas-, ojos*

inmensos, de un azul incierto y vagamente marino, una nariz sino al estilo Conde, sí muy siglo XVII, y una frente magníficamente desarrollada, pero no descomunal” (reseña necrológica de Robert Francillon. *Anuario ENS*, 1974, pág. 46). Y si la intuición global que se expresa en este retrato apoya tan eficazmente la evocación de las cualidades intelectuales y morales de la persona, es que el “hexis” corporal suministra el sistema de indicios a través de los cuales es *reconocido-desconocido* un origen de clases: “fina distinción”, “un poeta”, “cualidades tan originales y parcialmente disimuladas por una timidez comunicativa”, “espíritu receloso y sensible”. Igualmente, la enumeración de las virtudes que son atribuidas a tal otra persona (“poder de trabajo”, “actividad científica variada y fecunda”, “abnegación”, “gran honestidad intelectual”, “actividad prodigiosa y discreta”, “robusto, trabajador, sonriente y bueno”) no es más que una larga paráfrasis en las anotaciones dispersas en las que se evoca su “hexis”: *“Una salud de hierro en un cuerpo atlético, vigoroso, buen mozo”* (reseña necrológica de Luis Réau, *Anuario ENS*, 1962, pág. 29).

Segunda lectura. La máquina ideológica

Se puede considerar el diagrama como el esquema de una máquina que, al recibir productos socialmente clasificados, proporciona productos escolarmente clasificados. Pero significaría dejar escapar lo esencial de la operación de transformación que realiza; en realidad, esta máquina asegura una correspondencia muy estrecha entre la clasificación de entrada y la clasificación de salida *sin nunca conocer ni reconocer (oficialmente) los principios y los criterios de la clasificación social.*⁴

Es decir que el sistema de clasificación oficial, propiamente escolar, que se objetiva bajo la forma de un sistema de adjetivos, cumple una función doble y contradictoria: permite realizar una operación de clasificación social a la vez que la oculta; sirve al mismo tiempo de relevo y de pantalla entre la clasificación de entrada, que es abiertamente social, y la clasificación de salida, que desea ser exclusivamente escolar. En suma, funciona según la lógica de la *denegación*: *hace lo que hace en las formas tendientes a demostrar que no lo hace.*

La taxonomía que expresa y estructura prácticamente la percepción escolar es una forma neutralizada e irreconoci-

ble, es decir, eufemística, de la taxonomía dominante:⁵ se organiza según la jerarquía de las cualidades inferiores (populares) -servilismo, vulgaridad, pesadez, lentitud, pobreza, etc.-; «medianas» (pequeño burguesas) -pequeñez, estrechez, mediocridad, corrección, seriedad, etc.-; y «superiores» -sinceridad, amplitud, riqueza, soltura, tino, finura, ingeniosidad, sutileza, inteligencia, cultura, etc.-. Fuera de algunos calificativos que pueden designar propiedades específicas del ejercicio escolar (parcial, somero, confuso, difuso, metódico, obscuro, vago, desordenado, claro, preciso, simple), la casi totalidad de los adjetivos utilizados designan *cualidades de la persona*, como si el profesor se basara en la ficción escolar para juzgar, a la manera de un crítico literario o artístico, no la aptitud técnica para conformarse a exigencias rigurosamente definidas, sino una disposición global, por lo demás indefinible, combinación única de claridad, de firmeza y de vigor, de sinceridad, de soltura y de tino, de finura, de sutileza y de ingeniosidad.

Lo vago y lo confuso aun de los calificativos, que a la manera de los adjetivos empleados en la celebración de la obra de arte, constituyen el equivalente de *interjecciones* que no comunican casi ninguna información (a no ser sobre un estado de ánimo), son suficientes para testimoniar que las cualidades que designan permanecerían imperceptibles e indiscernibles para cualquiera que no poseyera de antemano, en estado práctico, los sistemas de clasificación que están inscriptos en el lenguaje ordinario. De tal suerte que no se comprendería el «sentido vago y afectivo» de la palabra *vulgar*, «que carece totalmente de distinción, que revela gustos groseros, independientemente de la clase social», como dice Robert, si ya no se tuviera, con anterioridad, el sentido primario, primitivo, que se sitúa abiertamente en el dominio social: *«de condición mediocre y baja y de gustos, de pensamientos ordinarios, en oposición con la elite (...), propios de los estratos más bajos de la sociedad».*

Ideología en estado práctico, produciendo efectos lógicos que son forzosa-mente efectos políticos, la taxonomía escolar encierra una definición implícita de la excelencia que, *al consagrar* como excelentes las cualidades detectadas por aquéllos que son socialmente dominantes, consagran su manera de ser y su estado. La homología entre las estructuras del sistema de enseñanza (jerarquía de las disciplinas, de las modali-

dades, etc.) y las estructuras mentales de los agentes (taxonomías profesoriales) constituye la base de la función de *consagración del orden social* que cumple el sistema de enseñanza aparentando neutralidad. En efecto, es por medio de este sistema de clasificación que el sistema escolar establece la *correspondencia entre las propiedades sociales de los agentes y de las posiciones escolares*, jerarquizadas ellas mismas según el orden de enseñanza (primaria, secundaria, superior), el establecimiento o la sección (grandes escuelas y facultades, secciones «nobles» y secciones «inferiores») y, para los profesores, según el grado y la localización del establecimiento (París, provincia). Esta asignación de los agentes en posiciones escolares jerarquizadas constituye, a su vez, otra mediación más entre las clases sociales y las clases escolares. Pero este mecanismo no puede funcionar más que si la homología permanece oculta y si la taxonomía que expresa y estructura prácticamente la percepción utiliza las oposiciones más neutras socialmente de la taxonomía dominante («brillante» / «opaco», «ligero» / «pesado», etc.) o de las formas eufemísticas de estas oposiciones: «pesado» le cede así su lugar a «torpe»; «simple» le cede su lugar a «simplón»; formas aparentemente peyorativas y, en realidad, atenuadas por la brusca y paternal benevolencia de la que dan testimonio; muchos de los empleos más típicos de la costumbre escolar no constituyen más que eufemismos: así es que se dice «estructurado» o «apoyado» en vez de pesado; «que se lee bien» en vez de «liviano». La brutalidad manifiesta de ciertas calificaciones - que serían excluidas de los usos ordinarios, donde «servil», por ejemplo, cede su lugar a «humilde» (los humildes) o a «modesto» (la gente «modesta») - no debe engañar: la ficción escolar que quiere que el juicio se aplique a un trabajo y no a su autor, el hecho de que se trate de adolescentes todavía perfectibles, por ende pasibles de tratamientos más rudos y más sinceros (compárese «gentil, pueril, infantil»), la situación de *castigo* que autoriza que se le imponga un castigo simbólico como en otros lugares y en otros tiempos se imponían castigos físicos; la tradición de dureza y de disciplina que todas las «escuelas de elite» tienen en común («ad augusta per angusta»), nada de todo esto es suficiente como para explicar la complacencia y la libertad en la agresión simbólica que se observa en todas las situaciones de examen.

Es el campo universitario como tal el que, *funcionando como censura*, hace

que sea impensable -tanto para los que los pronuncian como para los que son objeto de los mismos- el desciframiento del significado social de los juicios, que se reducen así a simples actos de ritual desrealizado y desrealizante de la iniciación escolar, al mismo título que los anatemas colectivos. El profesor puede permitirse todo, incluyendo las alusiones más transparentes a la clasificación social («vulgar», «pesado», «pobre», «estrecho», «mediocre», «torpe», «inhábil», etc.) porque es inconcebible, aquí, que alguien pueda «pensar mal»; la neutralidad escolar no es, en efecto, más que esta extraordinaria denegación colectiva que hace, por ejemplo, que el profesor pueda, en nombre de la autoridad que le delega la institución escolar, condenar como *escolares* producciones y expresiones que no representan más que lo que produce y exige la institución escolar. Esta denegación se produce en y por cada uno de los profesores individualmente, que atribuyen calificaciones a alumnos en función de una percepción escolar de sus expresiones escolares (redacción, exposiciones verbales, etc.) y del total de su persona: lo que es juzgado, es un producto escolarmente calificado, una copia «sin brillo», una disertación «simplemente pasable», y así sucesivamente; jamás un pequeño-burgués.

La denegación se reproduce en y por cada uno de los alumnos quienes, porque se perciben tal como los perciben, es decir, como «sin brillo», «poco dotados para la filosofía», se dedican al tema de latín o a la geografía. ¿Es decir que el desconocimiento colectivo no es más que el resultado de la agregación de un conjunto de denegaciones individuales? En realidad, se trata de toda la estructura de un sistema organizado y dividido según las mismas clasificaciones que tiene como función producir (facultades y grandes escuelas, disciplinas, secciones, etc.), que se expresa en el sistema de clasificación establecido por medio de operaciones prácticas de clasificación y empleado con toda regularidad, aunque *nunca sea explícitamente codificado*, toda vez que se trata de expresar una clasificación (anotaciones de tareas, apuntes escolares, etc.). En tanto que *forma neutralizada* del sistema de clasificación dominante que es producida por y para el funcionamiento de un campo relativamente autónomo y que lleva al segundo grado de neutralización a las taxonomías del lenguaje ordinario, el lenguaje escolar contribuye a hacer posible el funcionamiento de mecanismos ideológicos que no pueden operar más que determi-

nando a los agentes para que actúen según su lógica, lo que supone que les proponen sus objetivos bajo una forma irreconocible.

Sistema de clasificación objetivado en instituciones cuyas divisiones reproducen bajo una forma irreconocible la división social del trabajo, el sistema de enseñanza efectúa clasificaciones que se traducen, en un principio, por la asignación a clases escolares (clases, secciones, etc.) y luego a clases sociales. Sin duda, es por medio de las clasificaciones sucesivas que han hecho de ellos lo que son desde el punto de vista de la taxonomía escolar, que los productos clasificados del sistema escolar, alumnos o profesores, han adquirido, en grados diferentes, según su posición en estas estructuras, el dominio práctico de sistemas de clasificación tendencialmente ajustados a las clases objetivas que les permiten clasificar cualquier cosa -empezando por clasificarse a sí mismos- según las taxonomías escolares y que funcionan en cada una de ellos -en la fe y en la buena fe más absolutas- como una máquina para transformar clasificaciones sociales en clasificaciones escolares, como clasificaciones sociales reconocidas-ignoradas. Estructuras objetivas convertidas en estructuras mentales en el curso de un proceso de aprendizaje que se cumple en un universo organizado según estas estructuras y sometido a sanciones formuladas en un lenguaje igualmente estructurado según las mismas antítesis, las taxonomías escolares clasifican según la lógica de las estructuras de las que ellas mismas son producto. Por el hecho de que encuentran una confirmación incesante en un universo social organizado según los mismos principios, son puestas en práctica con el sentimiento de la evidencia que caracteriza a la experiencia dóxica del mundo social, y su reverso de cosas impensadas e impensables.

Los agentes encargados de las operaciones de clasificación no pueden cumplir adecuadamente con su función de clasificación social más que porque ésta se opera bajo la forma de una operación de clasificación escolar, es decir, por medio de una taxonomía propiamente escolar. Hacen bien lo que tienen que hacer (objetivamente), porque creen hacer otra cosa de lo que hacen; porque hacen algo distinto de lo que creen hacer; porque creen en lo que creen hacer. Mistificadores mistificados, ellos son las *primeras víctimas* de las operaciones que efectúan. Porque creen operar una clasificación propiamente escolar o aun es-

pecíficamente «filosófica», porque creen conferir patentes de calificación carismática («espíritu filosófico», etc.), el sistema puede operar un verdadero desvío del *sentido de sus prácticas*, obteniendo de ellos que hagan lo que «por todo el oro del mundo» no harían. También porque creen efectuar un juicio estrictamente escolar, el juicio social que se oculta bajo las aptitudes eufemísticas de su lenguaje escolar (o, más específicamente, filosófico) puede producir sus propios efectos: al hacer creer a los que son objeto de ello que este juicio se aplica a alumnos o al aprendiz filósofo que en ellos se encuentra, a su «persona» o a su «inteligencia», y jamás, en todo caso, a su persona social o, en forma más brutal, al hijo del profesor o al hijo del comerciante, el juicio escolar obtiene un reconocimiento, es decir, un desconocimiento, que no obtendrá indudablemente el juicio social del que constituye la forma eufemizada. La transmutación de la verdad social en verdad escolar (de «*es usted un pequeño burgués*» en «*es usted trabajador mas no brillante*») no constituye un simple juego de escritura sin consecuencias, sino una operación de alquimia social que confiere a las palabras su eficacia simbólica, su poder de actuar en forma duradera sobre las prácticas. Una proposición que, bajo su forma no transformada («*es usted un hijo de obrero*») o a un grado de transformación superior («*es usted vulgar*»), estaría desprovista de toda eficacia simbólica y que aun podría suscitar la revuelta en contra de la institución y de sus integrantes (si, como se dice, es «*concebible en la boca de un profesor*»), se convierte en aceptable y aceptada, admitida e interiorizada, bajo la forma irreconocible que le impone la censura específica del campo escolar («*no tengo aptitudes para la filosofía*»). La taxonomía escolar de las cualidades escolares (propuesta como tabla de la excelencia humana) se interpone entre cada agente y su «vocación». Es ella, por ejemplo, la que rige la orientación hacia tal disciplina o hacia tal sección, indicada de antemano en el veredicto escolar («*me gusta mucho la geografía*»).

Para deshacerse de los discursos sobre el poder del discurso, es necesario, como se ve, llevar el lenguaje a las condiciones sociales de su producción y de su utilización y, so pena de aceptar el equivalente en el orden social de lo que es el poder mágico, buscar fuera de las palabras, en los mecanismos que las producen y producen a las gentes que los emiten y los reciben, el principio de un

poder que cierta forma de usar las palabras permite movilizar. El uso conforme del lenguaje conforme no es más que una de las condiciones de eficacia del poder simbólico y una condición que no opera más que bajo ciertas condiciones. Sólo se predica a los conversos. El poder de los eufemismos escolares sólo es absoluto cuando se ejerce sobre agentes así seleccionados como para que sus condiciones sociales y escolares de producción los predispongan a reconocerlo en forma absoluta.⁶

La injuria ritual

Las apreciaciones escritas u orales que el profesor hace de sus alumnos constituyen una ocasión para afirmar e inculcar los valores profesoraes, los cuales, dada la dependencia y la docilidad casi total de los alumnos de elite, pueden afirmarse sin matices. Es significativo que en su oración fúnebre de un profesor de Liceo de una clase en la que se realizaba la preparación para la Escuela Normal Superior, uno de sus antiguos alumnos evoca **complaciente** las apreciaciones (completamente rituales, tanto en el fondo como en la forma) que éste hacía sobre los trabajos escritos: «*Ninguno se ha olvidado, tampoco, de sus exigencias: las sentíamos legítimas, le agradecíamos su energía para imponérselas (...). ¿Su método? Excepcional, y completamente a su imagen. Mantenía con nosotros un verdadero diálogo. - ¡Ya!- por medio de observaciones mecanografiadas y pegadas sobre las copias que nos devolvía; éramos 40 más, y le entregábamos fácilmente copias de 8 grandes páginas, a veces ilegibles. Su "carta" ocupaba a menudo media página o más. Se preocupaba a tal grado por sernos útil, por comprendernos, poseía tal poder de penetración, que nosotros sentíamos perfectamente bien que su fécula, a veces mordaz, estaba manejada por el afecto. ¡Cuánta viveza, cuanta gracia, a veces, y cuanta eficacia tenían sus rasgos de ingenio en los que llevábamos al florilegio! 'imponente facilidad, estilo deslavado, pusilánime en sus desarrollos, los vierte usted en un molde- un largo viaje en el que únicamente miraría uno los hilos telegráficos -remolino en agua tranquila- usted escribe al estilo en que se boxea: al azar del pugilato, a veces acierta usted el golpe'...*» (Nota necrológica de Paul Tuffrau, *Anuario ENS*, 1974, pág. 52). La complacencia hacia sí mismos de los maestros no encontraría tal complacencia en los alumnos si tanto los unos como los otros no

comulgaran en la convicción de que la «franqueza brutal» es el único medio de comunicación que conviene entre seres de elite. En el documento que hasta aquí se ha presentado, conjunto de expresiones orales recopiladas al azar por una alumna de la clase estudiada, las imprecaciones y las injurias, las execraciones y las deploraciones que tradicionalmente forman parte de los ritos de iniciación impuestos a las alumnas de las clases preparatorias, adoptaban tal forma particularmente grosera, como si la femineidad hiciera que se redoblara o cumpliera la condición humillada de la alumna. Pero hay que evitar dejarse engañar por las apariencias: a pesar de que encuentran indudablemente su principio en la combinación de aristocratismo y ascetismo que define el ethos profesoral, las invectivas que el profesor de elite les lanza a sus alumnas de elite en nombre de su inadecuación a su idea de la elite y que, como lo muestra claramente el diagrama, no se dirigen en realidad, bajo la apariencia de universalidad, más que algunas de ellas, forman parte de los rituales destinados a inculcar representaciones elitistas.

Extractos del «disparatario»

«*Es espantoso tener que dirigirse a espíritus de mala estampa, superficiales, subdesarrollados, subalimentados (estoy buscando expresiones que le digan algo).*

«*En la mayoría de las familias se ha renunciado completamente. La mayor parte de los alumnos están aquí de ninguna manera para ser lo que nosotros tenemos como misión hacerles hacer, se burlan soberanamente de la cultura.*

«*Se nota en usted un extraordinario agotamiento de las fuentes sensibles, esta clase de pusilanimidad. Y a partir del momento en que ya no se vibra con el sentimiento, parece que el resto es insípido y está deteriorado: personalidades bestiales, animales. Vulgaridad, actitud sumaria. Ausencia de tacto, de intuición, de finura, de gracia. Patanería: es la palabra que conviene a nuestras clases actuales.*

«*A los 15 años ya se conoce a Musset de memoria: éstas son las letras.*

«*Las letras no son ciencia, no son conocimiento, erudición, son gusto, un cierto latir del corazón.*

«*¿Qué significa estar dotado de espíritu literario?: forma de espíritu irreductible a todas las demás, molécula propia. Despertar una pasión devoradora por leer los textos.*

«*La clase de 15 años de bachillerato*

se convierte en una clase espantosa de 'cursos nocturnos'."

"Se tiene la impresión de encontrarse ante una olla que tiene la forma de un abismo; embotamiento y atolondramiento. Se dice siempre que usted se interesa por su época; en realidad usted no se interesa absolutamente en nada, usted se interesa en su ombligo, esto es todo, en su ombligo y en su cara en la misma forma que lo hace una estrella de cine. Me parecen ustedes atolondradas: peor para ustedes. Es usted inerte; pero si quiera me permitió usted esto: excitarme. Yo amo a mis textos y les estoy agradecido por ello.

"Apreciar únicamente el lirismo del corazón es cosa para una alumna de 4º curso de bachillerato, o principios de 5º.

"Usted no existe más que en los límites de una sensibilidad endeble, empobrecida, en la que se desenvuelven poderes instintivos.

"Los anglosajones son unos infantiles, débiles mentales: se trata de una humanidad pobre y enclenque.

"Todos los grandes políticos, todos los grandes renovadores, han pensado que la poesía era una forma de política.

"Desarrollo de los instintos: en este terreno es usted invencible.

"Ojalá me equivocara en su caso en particular: en lo referente al diagnóstico general no me equivoco.

"A su edad debería usted ser capaz de acalorarse y de entusiasmarse por un texto.

"Usted trabaja en forma avara."

La dialéctica escolar del desconocimiento y del reconocimiento encuentra su forma más acabada cuando la estructura del sistema de categorías de percepción y de pensamiento que organizan los considerandos del juicio escolar, y este juicio en sí, están de acuerdo perfectamente con la estructura de los contenidos que el sistema escolar está encargado de transmitir, como es el caso con la cultura literaria o filosófica en su forma escolar. En el caso en que el discurso filosófico se reduce a lo que se ofrece a menudo en las clases de filosofía bajo el nombre de moral o de psicología, es decir, una variante universitaria del discurso dominante en el mundo social, la armonía es casi perfecta entre la estructura del discurso transmitido y las estructuras de percepción y de apreciación que el campo universitario les impone tanto a los transmisores como a los receptores de este discurso. Se ve, por ejemplo, la

afinidad electiva que une el sistema de representaciones y de valores objetivamente inscriptos en la taxonomía escolar y el discurso heideggeriano sobre el «se» o la «charla cotidiana», cuando llevado a su expresión más simple, es decir, a su verdad objetiva, por las necesidades de la comunicación escolar, se reduce a la afirmación aristócrata de la distancia ante el pensador y el «vulgo» y el «sentido común» que está en el origen de la filosofía profesoral de la filosofía y del entusiasmo que ésta suscita fácilmente en los adolescentes.⁷ Iniciándose con la transposición que produce la expresión de la visión dominante del mundo social en el lenguaje esotérico de la tradición filosófica, el rodeo de legitimación se encierra sobre sí mismo con la empresa escolar de esoterización de lo esotérico. Con la divulgación legítima hacia algunos destinatarios legítimos (que es lo que hace toda la diferencia entre la enseñanza y la simple «vulgarización») de una versión más o menos simplificada (y explícitamente dada como tal) de la forma esotérica de la visión oficial del mundo social, se acaba y se cumple la circulación circular que define a la alquimia religiosa: el efecto de autonomización y, por ende, de legitimación que produce la transformación resultante del trabajo de eufemización y de esoterización impuesto por la censura implícita en las leyes específicas de un campo de producción relativamente autónomo como es el campo filosófico (o, en forma más general, el campo religioso, el campo artístico, etc.) no se ve anulado por la operación inversa de esoterización del discurso esotérico. Lo distinguido y lo vulgar, lo raro y lo común, no son más que lo que son, expresiones eufemizadas, pero todavía demasiado transparentes de los intereses de clase, cuando, al final de un rodeo por el cielo de las ideas filosóficas, vuelven en forma poco «común» y, sin embargo, tan poco burguesa de la «persona» y del «es», de lo «auténtico» y de «lo no auténtico», de la "Eigentlichkeit", "Uneigentlichkeit", según el grado de iniciación del maestro y de los discípulos.

El juicio de los pares y la moral universitaria

En el primer análisis que será profundizado y precisado de las notas necrológicas publicadas en el *Anuario de la Sociedad de los Ex-alumnos de la Escuela Normal Superior* de 1962, 1963, 1964 y 1965, han sido ordenados los 34 ex-

INJURIAS RITUALES Y REPRESENTACIONES ELITISTAS

Cabalga usted sobre el portaplumas como amazona enloquecida y desenfrenada.

Se enfrenta uno a monumentos de inercia.

Leer de manera de dar el resumen vivo de las ideas.

No se tienen dos formas de ser.

La revuelta es una actitud de esclavos.

El culto que se le rinde al alumno.

Creencias color malva. Están ustedes afectadas por creencias color malva.

Idolatría boba, beata, puro humanismo. En fin ...

Si preguntara lo que ha comido usted en el almuerzo, sería humana a sus ojos, prefiero a este precio ser inhumana, me burlo de lo que usted ha comido en el almuerzo.

Nuestras clases son un rebaño de atolondrados, es decir, masas inertes a partir de las cuales no se puede edificar ni construir nada.

Parecemos verdugos frente a multitudes de esclavos.

Ustedes trabajan como esclavas.

Aunque se esté traumatizada, hay que saber leer.

Convertirse en esposa de Champfleng después de haber sido la esposa de Balzac es una verdadera decadencia.

¡Vamos, al trote señoritas!

Esta penumbra propicia.

alumnos cuyo origen social estaba indicado en las reseñas en función de la importancia de su acervo cultural y social de origen, tal como puede ser evaluado a partir de las informaciones disponibles, es decir, principalmente de las indicaciones más o menos precisas sobre el ambiente cultural de la familia, la profesión del padre, dado el caso de la madre, la residencia de los padres en el momento del nacimiento.

Los ex-alumnos estudiados han nacido en su mayoría hacia 1880-1890 y han estado en actividad entre 1905 y 1955. De ello se desprende que la imagen normalista que se ve evocada por las necrologías corresponde a un estado relativamente antiguo del sistema. De una verificación que no pudo ser efectuada más que después de la realización de este análisis, se desprende que los ex-alumnos cuyo origen social no se indica en las reseñas no se distinguen, en lo que a ello se refiere, en forma significativa de la población estudiada (seis de ellos proceden de la clase media, cinco de la clase superior, no habiendo sido posible recoger ninguna información sobre los cinco restantes) y que los calificativos que les son atribuidos obedecen exactamente a las leyes revisadas en este análisis (la consulta de los expedientes de archivo ha permitido observar una concordancia muy fuerte entre las apreciaciones escolares que se encontraban en los mismos acotadas y las que encierran las necrologías). Por otra parte, los ex-alumnos, objeto de las necrologías, no parecen tampoco distinguirse del conjunto de los alumnos fallecidos salvo, quizás, en lo referente a su apego a la escuela. Así es que se evidencia que los suscriptores perpetuos sean ligeramente más numerosos entre los que son objeto de una nota necrológica que entre los otros. En fin, todo parece indicar que la relación entre el autor y el objeto de la nota necrológica no es aleatoria y que tienen generalmente en común el origen social definido a grosso modo, la disciplina y el tipo de carrera.

Esta clasificación no está evidentemente exenta de arbitrariedad, en particular por lo que se refiere a las alumnas procedentes de la sección alta de la pequeña burguesía y de la burguesía: la insuficiencia de las informaciones disponibles (nunca se sabe cuál es el grado de los oficiales y sobre todo su formación -Saint-Cyr o el Politécnico, por ejemplo-; nunca se sabe el estatuto exacto de los profesores; se ignora la importancia de las empresas industriales y comerciales, etc.) no es la única que está

en juego; una historia social de la estructura de la clase dominante y de la evolución de la posición diferencial de las distintas profesiones en esta estructura constituye la condición previa (magníficamente ignorada por todos los estudios de "movilidad") de todo análisis riguroso de las trayectorias sociales (y, a fortiori, del establecimiento de una jerarquía unilineal que está utilizada aquí por las necesidades del análisis). Por lo demás, es extremadamente difícil evaluar el peso relativo de la situación profesional de la familia y de su residencia; todo nos induce a pensar que a este nivel muy elevado del curso, en el que se exigen con más insistencia las cualidades relacionadas con la imagen universitaria de la excelencia, la oposición entre el origen parisino y el origen provincial (redoblado todavía por la oposición entre las personas de la lengua de Oïl⁸ y la gente de la lengua de Oc⁹ que queda inscrita en los hábitos bajo la forma de acentos, es un

punto determinante.¹⁰

Habiendo establecido, después del examen de unos diez años del *Anuario*, 26 clases de calificativos, hemos marcado por medio de un cuadro negro (sin pasarnos nunca de diez anotaciones) los calificativos (evocados más frecuentemente por medio de adjetivos) que aparecían como provistos de mayor peso relativo en cada una de las notas examinadas (ya fuera que, en las notas más largas, se vieran mencionados muchas veces, o que, en las más breves, estuvieran subrayados por el vigor o el énfasis de la expresión empleada: «de la raza de los grandes filósofos», «una gran figura de la ciencia francesa»). El juicio último que hace el grupo sobre uno de sus miembros por medio de un portavoz debidamente acreditado (el elogio le incumbe a un camarada de promoción, y es únicamente en caso de fuerza mayor que se lo confía a otro, en general un alumno, pero siempre normalista, igual

EL EUFEMISMO EN LA RETÓRICA UNIVERSITARIA

La verdad del eufemismo se revela con el uso que él hace de la retórica profesoral cada vez que se trata de emitir un juicio desfavorable, dentro de los límites del decoro y/o de la prudencia académica. En las reseñas de trabajos, las cartas de recomendación, los informes de tesis, o los discursos de candidatos pronunciados con motivo de las operaciones de cooptación, discursos destinados a pares capaces de leerlos entre líneas y de comprenderlos con medias palabras, el elogio puede negarse él mismo al ser llevado hacia cualidades "dominadas" y "mínimas" (aquí: "seria y trabajadora", "honestidad intelectual", "discreta") que evocan la ausencia de la clase complementaria ("brillante", etc.) o denunciándose como convencional y forzada por signos convenidos ("alrededor del promedio", "alentador para el porvenir", "después de un nuevo esfuerzo", "algo demasiado cerca de las fichas").

"Conozco a la señorita X desde el inicio de sus estudios en la facultad: siempre me ha parecido una estudiante extremadamente seria y trabajadora; en varias ocasiones me ha entregado trabajos para un concurso de oposición, cuyas calificaciones se situaban alrededor del promedio. Esto puede ser considerado como alentador para el porvenir. Espero, pues, que podrá, después de realizar un nuevo esfuerzo, presentarse al concurso exitosamente."

"La señorita X hizo su tesina de maestría bajo mi dirección en los años 1970-1971; esta tesina trataba de la idea de la nobleza en la obra de Eurípides, y obtuvo la calificación 15/20 (mención B). Se trataba de un trabajo muy serio, bien documentado y de una gran honestidad intelectual, que solamente permanecía demasiado cerca de las fichas, por falta de haber tomado una perspectiva. Las cualidades de la señorita X, que he podido apreciar, me hacen pensar que debería, después de un primer intento desafortunado, ser una buena candidata para el examen. Espero que se encuentre en buenas condiciones de preparación. Deseo añadir que es a la vez trabajadora y discreta, lo cual puede tomarse en cuenta."

*Expediente de recomendación (candidatos reprobados),
septiembre de 1972.*

que en el jurado del concurso de entrada) representa siempre el producto de un trabajo colectivo cuya huella se hace a veces aparente, cuando el autor recopila o integra información y juicios entregados por distintas personas. El redactor de la nota necrológica toma en cuenta, evidentemente, el punto de llegada de la trayectoria universitaria que puede, en ciertos casos, corregir "la intuición originaria", a menudo resumida en la educación de un hexis corporal y de un acento: es decir que no es posible suponer entre el sistema de calificativos y el punto de llegada de la trayectoria social una relación perfectamente idéntica a la que se establece entre el origen social, las apreciaciones marginales, y la nota. En realidad, lo que restituye la necrología, igual que la apreciación profesoral en otro punto del curso, es la representación social constituida escolarmente que se encuentra al principio de todas las operaciones escolares de apreciación y de cooptación: es por mediación al amparo de esta representación -en la que la representación escolar constituida por el hexis corporal desempeña un papel determinante- que actúa el origen social, nunca tomada como tal por principio de los juicios (es significativo, en realidad, que a pesar de las convenciones del género biográfico, se encuentren ausentes de muchas necrologías -en este caso 16 sobre 50-, y que las más cercanas universitariamente hayan debido, a menudo, proceder a investigaciones específicas para estar en condiciones de entregar esta información). El sistema de los adjetivos utilizados dibuja el universo de las virtudes profesoras, las cuales, igual que las carreras universitarias a las cuales introducen, se encuentran jerarquizadas. La verdad de este universo -el cual, en tanto que tal, tiende a encerrarse sobre sí mismo- no se entregaría completamente más que por medio de la comparación con otros universos de virtudes, asociados a otras posiciones en el campo de la clase dominante (se espera volver a conectar las variantes de la moral dominante correspondiente a las diferentes fracciones de la clase dominante por el análisis comparativo de un conjunto de discursos de celebración -elogios fúnebres, discursos de recepción, etc.- en los cuales diferentes grupos se celebran a sí mismos al celebrar a uno de sus miembros). Sin embargo, se entrevén en forma muy concreta los límites de un sistema de clasificación que se propone con la apariencia de la universalidad, siendo que se observa que se revela completamente inoperante para

nombrar y alabar las virtudes de aquellos normalistas que han salido del universo universitario, los dos diplomáticos, cuyo elogio se encarga a otros tráfugas gloriosos: se entra en un universo de discursos («la entrega a su país», «carrera dedicada al servicio exclusivo del Estado») que anuncia un universo completamente distinto, antagónico, inclusive antinómico («no tiene la vocación de la enseñanza», «se encuentra incómodo en el cuadro anticuado de una clase», «todas sus aspiraciones lo llevaban hacia horizontes más amplios»), el de la alta función pública o de la gran burguesía de los negocios.

Se ve que el sistema de clasificación escolar (captado aquí a través de los adjetivos empleados en el elogio fúnebre) ha continuado funcionando, a lo largo de la carrera universitaria, como instrumento disimulado de clasificación social: es notable que en el conjunto de los «ex-alumnos» formalmente iguales y realmente igualados -desde el punto de vista de las críticas escolares- por el efecto de la sobre selección, el sistema escolar haya seguido estableciendo, en función de los mismos criterios que les han valido su elección, jerarquías directamente manifestadas en las carreras universitarias. Todo sucede, en efecto, como si los normalistas se encontraran destinados a trayectorias muy estrechamente proporcionadas a su origen social en un espacio universitario muy rigurosamente jerarquizado según la institución (desde el Colegio de Francia al Liceo), la residencia (desde París a la pequeña ciudad de provincia) y la disciplina (de la filosofía a las lenguas vivas y de las matemáticas a la química).

De los quince ex-alumnos procedentes de las clases populares y medias, doce ejercieron como profesores de enseñanza secundaria o secundaria superior (clases del Liceo que prepara para la escuela Normal Superior y clase preparatoria para la Escuela Politécnica), únicamente tres se convirtieron en profesores de la enseñanza superior, pero en disciplinas consideradas inferiores desde el punto de vista universitario (lenguas vivas, química, física) y/o en provincia; en cambio, de los 19 ex-alumnos procedentes de las clases superiores, sólo dos se hicieron profesores de enseñanza secundaria, mientras que dos se orientaron hacia la carrera diplomática, dos más se hicieron escritores y trece profesores de enseñanza superior, la mayoría de ellos en París, asistiendo cuatro al Colegio de Francia.

Hay que evitar establecer una relación

de causalidad mecánica entre el origen social y el éxito universitario: productos clasificados, los profesores no dejan de clasificarse a sí mismos -en la autoevaluación permanente en la que se definen inseparablemente «las ambiciones» y la estimación de sí mismos- siguiendo sistemas de clasificación escolar; dicho en otra forma, sus «aspiraciones» y sus «elecciones de carrera» se adelantan a los juicios que el sistema escolar hará sobre sus ambiciones. En este sentido, las notas necrológicas no son engañosas más que en apariencia cuando alaban la modestia de aquéllos que sacrificaron «una brillante carrera» en facultad o en París, ante las alegrías que ofrece la provincia o la vida familiar: sería vano (tan cerrada se encuentra la dialéctica de las posibilidades objetivas y de las aspiraciones) tratar de aclarar los determinismos objetivos y la determinación subjetiva. Los provincianos no quisieron a un París que tampoco los quería; los profesores de secundaria rechazaron a la facultad en la medida en que ésta les quedaba vedada. Toda socialización exitosa tiende a obtener de los agentes que se hagan cómplices de su destino.

Las elecciones infinitesimales (presentar un tema de tesis o no, sobre tal o cual autor, con tal «director» u otro, etc.), a través de los cuales se esboza una trayectoria que llegue a posiciones ya asignadas de antemano, constituyen contribuciones al trabajo de desinversión que llevará, al precio de algunos ardidés de la mala fe, al amor hecho virtud fúnebre que celebra las notas necrológicas. La independencia relativa de los distintos principios de jerarquización (establecimiento, residencia, disciplina) produce un efecto de interferencia que contribuye fuertemente a facilitar este trabajo de desinversión. El profesor de filosofía de un liceo parisino no encuentra difícil convenirse, por poco que escriba en los semanarios o en las revistas intelectuales, que no tiene nada que envidiarle al profesor de inglés de una facultad de provincia. E inversamente. Es así como el trabajo de celebración que es impuesto por las leyes del género necrológico da una idea bastante justa del trabajo gracias a que aquéllos que se creían «destinados a las más altas cumbres» pueden siempre restablecerse en la estima de sí mismos.

El campo de las trayectorias posibles

Las clases que producen las taxonomías escolares están unidas por relaciones que no son nunca de pura lógica,

porque los sistemas de clasificación de los que son producto tienden a reproducir la estructura de las relaciones objetivas del universo social del que ellos mismos son producto. En el caso particular, la jerarquía que se observa en el universo de las virtudes profesoras, es decir, en el universo de las formas de realizar la excelencia universitaria, corresponden muy estrechamente a la jerarquía de las carreras posibles, a la jerarquía de las instituciones de enseñanza. Todo sucede como si, en el interior de este universo de cualidades jerarquizadas que el cuerpo profesoral reconoce como suyas al reconocerlas en los mejores de sus miembros, cada agente se encontrara objetivamente situado por la calidad de sus virtudes. La serie de adjetivos reseñados define el campo de las cualidades mínimas, que se esperan de todo «educador de la juventud», virtudes domésticas del buen padre y del buen esposo o virtudes profesoras en su forma más elemental, devoción a los alumnos o conciencia profesional hasta las cualidades supremas, negación del aspecto negativo de las virtudes más ordinarias, que nunca llega hasta la negación de los principios positivos de estas virtudes (el gran filósofo es alabado también por sus cualidades de padre de familia o su apego a la escuela).

Es relativamente arbitrario disociar las cualidades de hombres que poseen los profesores, de sus cualidades intelectuales, tan grande es la endogamia profesoral. De la encuesta que hemos realizado en 1964 sobre las estrategias matrimoniales de seis generaciones (1918 a 1953) de normalistas literarios (n= 155, es decir, una tasa de respuestas del 83%) resulta que entre los normalistas casados, que representan el 85% del conjunto, 59% se han casado con una docente, de éstas, el 58% son catedráticas universitarias, 49% proceden de la Escuela Normal Superior de Sevres. En lo que a los demás se refiere, sus esposas pertenecen a las profesiones intelectuales en el 6% de los casos, a las profesiones liberales en el 48%, a la categoría de las ejecutivas medianas 2%, y no ejercían ninguna profesión en el momento de la encuesta, 28% de ellas. No se puede sobreestimar el grado al que este tipo de estrategia matrimonial contribuye al cierre sobre sí mismo del universo sobre protegido del universitario.

Documentos de primer orden para un análisis de los valores universitarios. las notas necrológicas -particularmente las que publica el *Anuario de la Asociación de los ex alumnos de la Escuela Normal*

Superior- utilizan, para efectuar el último juicio que el grupo hace sobre uno de sus miembros desaparecidos, los principios de clasificación que determinaron su inclusión en el mismo. No debe extrañar si, en este último examen, los “compañeros desaparecidos” se encuentran clasificados como siempre lo han sido cuando estaban vivos, es decir, en función de cualidades universitarias sutilmente jerarquizadas que, en este punto final de la trayectoria, guardan todavía una relación inmediatamente visible con los orígenes sociales. A los más insignificantes, profesores sin importancia de provincia, se les confieren cualidades mínimas, como son la del buen profesor, muy frecuentemente relacionadas y asociadas con las del buen padre y el buen esposo. Luego vienen las cualidades intelectuales de rango inferior, lo serio, la erudición, la probidad, o las cualidades superiores aplicadas a actividades inferiores, como las traducciones, ediciones críticas, u obras un poco “escolares” que el sistema escolar, bien se sabe, no reconoce nunca plenamente. Más allá, las virtudes menores de los servidores de la cultura, las cualidades primarias, las que distinguen a los universitarios capaces de demostrar su excelencia trasponiendo los límites de la definición universitaria de la excelencia; y el homenaje supremo que, por intermediación de uno de sus allegados (universitariamente hablando), el grupo confiere al que realice su ideal de excelencia, situándolo en este más allá de las clasificaciones escolares que prevén siempre las clasificaciones escolares.

Extractos de notas necrológicas

Paul Sucher
nacido en Versailles el 10 de enero de 1886
Padre comerciante

“Después de su tesina sobre Hoffmann, numerosas traducciones muestran la soltura, la elegancia y la exactitud con las que sabía rendir los textos, mientras que largas introducciones hacían sobresalir siempre lo esencial de los problemas literarios a veces confusos y controvertidos.

“(…) En poco tiempo, Sucher hubiera podido hacer una tesis excelente que le hubiera abierto el acceso de nuestras facultades, con gran regocijo de sus antiguos maestros. No pienso que le fue impedido por dificultades que para él no lo eran, ni por las exigencias de un trabajo

de erudición al que se dedicaba en sus momentos libres por gusto y con facilidad. Su vida interior le bastaba: la lectura, la meditación, los viajes, las largas caminatas a pie, con la mochila en la espalda, o en bicicleta, los largos horizontes conquistados en los Alpes con la fuerza de sus piernas o de sus dedos agarrados y crispados sobre las rocas, la vida apacible del hogar que había creado en 1926, casándose con una de nuestras colegas de la enseñanza pública, bastaba para llenar y enriquecer la existencia, tal como él lo deseaba.”

Anuario de la Escuela Normal Superior, 1962,
págs. 36-37, 38-39, 52-53, 54-55.

Pierre Audiat

Nacido en Angoulême, el 15 de noviembre de 1891.

Padre profesor

“He conocido parisinos natos cuyo placer cotidiano más intenso era tomar esta hoja y leer en ella primero este recado que ‘de Mediodía en Mediodía’ llevaba a los cuatro vientos, proveniente de una pluma ágil, aguda, precisa y clara, del espíritu libre, jalado y sabio de Pierre Audiat. (...) Pierre Audiat se había convertido en uno de nuestros novelistas más originales, el creador y el maestro de lo que podría llamarse la ‘novela psicopatológica’.

“(…) En su tesis de 1924 (...) sorprendió y casi escandalizó al jurado, el cual por otra parte reconoció su joven y brillante maestría.

“(…) Escritor nato, poseyendo esta arma brillante, punzante, que con razón llaman estilo, y que considero como a uno de los escritores del país oeste y de la tierra de Francia que han conservado mejor, siempre con su pluma en la mano, las inteligentes tradiciones de una Francia orgullosa y libre que todavía no ha muerto.”

Roger Pons

Nacido en Equeurdreville, el 28 de agosto de 1905

Madre maestra, abuelos campesinos, profesor en el Liceo Luis el Grande, en la clase preparatoria para la Escuela Normal Superior

“La explicación de este éxito único debe ser buscada en una abnegación de todos los instantes. Gran humanista, Roger Pons se ponía al servicio de los

textos y de los autores, esforzándose, ya sea que se tratara de Pascal o de Diderot, de Claudel o de Gide, en hacerlos comprender y valorar según su propio genio, sin sustituirse a ellos, sin tratar de co-gerlos en falta, en un clima de simplicidad y acogimiento. Juez escrupuloso de los concursos de oposición, inspector, Roger Pons permanecía un docente, que ponía su experiencia y su ciencia al servicio de la enseñanza y de los docentes.

“(…) Roger Pons escribió mucho y en la menor noticia igual que en el ensayo ampliamente desarrollado, con buen cuidado minucioso, fue atento a la exactitud y en la perfección del detalle, y cada vez en un estilo de vigor, claridad, de emoción. Y, sin embargo, buen artesano que fabricaba incesantemente lo útil y lo utilizable para los demás, consumido por el oficio, las amistades, los deberes, finalmente traicionado por el destino, Roger Pons no ha dado más que aproximaciones, preliminares, esquemas de la gran obra de moralista y de crítico que traía por dentro. El ascetismo universitario y la humildad cristiana conjugados le impidieron (ya que la virtud es una aventura cruel y destructiva) decir lo más importante, lo más personal, implícito en todas partes, pero nunca libremente des- envuelto.”

Maurice Marleau-Ponty

Nacido en Rochefort-Sur-Mer en 1908
Padre oficial de artillería

Miembro del jurado del concurso de admisión a la Escuela Normal Superior

“Todavía en nuestra época lo vuelvo a ver, con su forma de ser reservada, su forma de escuchar con una atención extrema, sus respuestas pertinentes y algo enigmáticas por los silencios que las envolvían; había en él algo de aristócrata, una distancia que permitía la profundidad de los encuentros.

“(…) Maurice Merleau-Ponty pertenecía a la raza de los grandes filósofos; en un cierto sentido, seguía la tradición de Alain y de Bergson, y en otro se encontraba cerca de J. P. Sartre e, igual que éste, había recibido la influencia de Husserl y de Heidegger.”

Taxonomias y ritos de paso

Del rito del examen de oposición al juicio último del grupo

Se trata del mismo sistema de clasificación que sigue funcionando a todo lo

largo de la trayectoria escolar, carrera extraña en la que todo mundo clasifica y todos son clasificados, convirtiéndose los «mejores» clasificados en los mejores clasificadores de los que entran en la carrera: y esto desde el concurso de entrada a la Escuela Normal al concurso de oposición, del concurso de oposición al doctorado, del doctorado a la Sorbona o al Colegio de Francia, del Colegio al Instituto, término final de la carrera, donde los «mejores clasificados» de todos los concursos ordenan *de facto* todas las operaciones de clasificación, al controlar el acceso a la instancia de clasificación de nivel inmediatamente inferior que, a su vez, controla el siguiente, y así sucesivamente. Esta reglamentación externa se impone a través de la jerarquía de las instancias; el universitario deseoso de mejorar su clasificación debe mostrarse respetuoso de las clasificaciones en vigor, tanto en sus producciones como en su práctica universitaria; no hace más que reforzar los efectos de las disposiciones automáticamente ajustadas y conformes que han sido seleccionadas e inculcadas a través de todas las operaciones anteriores de clasificación.

Es por referencia a la estructura de este campo de las cualidades objetivamente ofrecidas a todo normalista que entra en la carrera profesoral, que se define objetivamente el *valor social* de las virtudes atribuidas a cada uno de ellos. En la misma forma, la serie de las posiciones que enumera cada año el *Anuario de la Sociedad de ex-alumnos* -que, en la muestra estudiada va desde el profesor de filosofía en el Colegio de Francia al profesor de lenguas vivas en un Liceo de provincia-, delimita el campo de las trayectorias posibles, para una cohorte determinada de normalistas,¹¹ y es también por referencia a este espacio de los posibles, al que la indiferenciación inicial de las trayectorias da una realidad vivida, que se define objetivamente el valor social de las trayectorias individuales que da un fundamento objetivo a la experiencia del éxito o del fracaso. De ello se desprende que las virtudes y las carreras, que alaban inseparablemente las notas necrológicas, son objeto de una percepción y de una apreciación dobles: tomadas en sí mismas y para ellas mismas, estas virtudes inferiores, a títulos de componentes mínimos pero también fundamentales, elementales y banales pero también primordiales de la definición universitaria de la excelencia, son objeto de un reconocimiento absoluto e incondicional; la ausencia de estas cualidades es suficiente para poner en duda

la pertenencia al grupo, pero, por otra parte, no se puede jamás olvidar totalmente la verdad del ascetismo universitario, necesidad hecha virtud, y de la forma totalmente negativa de la excelencia universitaria que se reduce a este ascetismo; estas vidas simples y modestas, todas llenas de sabiduría y de serenidad interior, de resignación y de dignidad, de rectitud y de devoción, estas virtudes de gente sabia, cien veces alabada, que cultiva su jardín, recorre con la mochila al hombro las montañas y cuida de sus hijos, no pueden dejar de parecer lo que son tan pronto se les vuelve a colocar en el campo de las trayectorias posibles.

Las virtudes inferiores, y también las virtudes medianas, ya más específicas y menos exclusivamente morales, tales como las aptitudes pedagógicas, la claridad, la soltura, el método, o las cualidades intelectuales inferiores, erudición (memoria), precisión, no son nunca más que virtudes dominadas, formas mutiladas de las virtudes dominantes que no pueden volver a encontrar su pleno valor más que cuando se asocian a las virtudes dominantes, capaces de rescatar y de salvar lo que queda en ellas de pobremente menesteroso y de mediocrementemente escolar; la erudición no vale plenamente más que si está «adornada de elegancia» y el erudito, si no, se encuentra «encerrado en su especialidad». Tomando poco a poco todo el lugar en los elogios a medida que se vuelven más raras las virtudes superiores, las virtudes morales no pueden ser más que aquello que permite aceptar los límites de las virtudes intelectuales en un universo que colocan a estas virtudes en su cumbre. Aquí también, la verdad más cínica siempre se asoma bajo la celebración más encantada: en efecto, es significativo que a las virtudes dominadas los elogios asocian casi siempre virtudes de resignación, que permiten aceptar una posición inferior sin sucumbir al resentimiento, que es la contrapartida normal de la sobreinversión frustrada, rechazo de los honores, rectitud moral, modestia, discreción. Y los que no destacan tienen para sí toda la lógica de un sistema que honra a la modestia y al desdén frente a los honores cuando, por una estrategia típica de inversión del pro al contra, intentan transformar su oscuridad, su falta de proyección, y echar así el descrédito de la sospecha sobre los prestigios necesariamente mal habidos de las glorias demasado brillantes.¹²

La resignación y la sabiduría que alaban los memorialistas oficiales encuen-

tran un fundamento objetivo en la autonomía relativa de la que disponen los diferentes órdenes de enseñanza en el interior de un campo globalmente jerarquizado. Cada uno de estos subcampos ofrecen una forma de cumplimiento particular a la ambición de la más alta trayectoria que va implícita en la pertenencia a la clase de los normalistas (como derecho preferente de compra en un campo de posibles) en forma de una trayectoria cuando menos subjetivamente incomparable con referencia a cualquier otra: es el profesor de filosofía de un pequeño liceo de provincia el que se atrae la admiración y el respeto de sus colegas con derecho a menos títulos, debido a la simplicidad de su manera de ser y a la sabiduría completamente filosófica de su existencia; es el profesor de la clase preparatoria de los liceos para la Escuela Normal Superior o para la Escuela Politécnica, rodeado de la admiración absoluta de generaciones sucesivas de pretendientes al título de normalistas que lo incluyen en su representación sacralizante de la escuela y que, debido a su alta calidad escolar, lo hacen partícipe de un universo de una dignidad universitaria superior a la de la de las facultades (Alain); y así sucesivamente en todos los niveles.

He aquí dos ilustraciones entre mil:

«Otro día, al llegar a la ciudad de Saint-André, en un camión de carga lleno de estiércol, llevando ropa ad hoc, por el camino en forma de horquilla, se paró a media altura para fumarse un cigarrillo, sentándose en una banca desde la que se gozaba de una vista bella, para descansar un poco. Llegó una familia de la ciudad que estaba de vacaciones, cuyos miembros se sentaron cerca de él. El padre les hizo notar a sus hijos la belleza del paisaje y del campo, y les recitó en latín un verso de las Geórgicas. Levantándose, Passeron recitó los siguientes versos y volvió a subir al camión, dejando a los vacacionistas estupefactos, y llenos de admiración por estos campesinos del Condado de Nice, que conocen a Virgilio y además de memoria» (nota necrológica de Jacques Henri Passeron, *Anuario de la Escuela Normal Superior*, 1971, pág. 120).

«Es entonces que descubrió que se le había adelantado un alemán que se había apresurado a publicar sus resultados (...). Debido a este descubrimiento, se sintió profundamente decepcionado y algo desconcertado y, a pesar de todos los estímulos que recibió, pidió volver a la enseñanza secundaria. (...) En la

*Flèche, igual que en la escuela, vivía bastante apartado, únicamente para los suyos, al margen de la vida pública, y a pesar de ello era muy conocido en toda la ciudad y gozaba de particular estima. Ello se debía a que dado el caso sabía hacer favores, los que siempre hacía con sencillez (...). Hacía prueba de extremada modestia, sin ninguna ambición, no habiendo debido nada jamás, permaneció en la Flèche hasta su jubilación» (Nota necrológica de Paul Blassel, *Anuario de la Escuela Normal Superior*, 1962, pág. 41).*

El ascetismo aristócrata

De tal suerte que todo normalista participa, en grados distintos, de este universo de virtudes a las que los normalistas, con toda naturalidad, añaden ese adjetivo («humor normalista»): en esta combinación única de virtudes intelectuales y morales en la que que la «élite» del cuerpo docente se reconoce y que fundamenta su convicción de constituir una elite a la vez intelectual y moral, se expresa toda la posición de este cuerpo en la estructura de las relaciones de clases. Ocupando una posición temporalmente dominante (en comparación con los artistas), en una fracción dominada de la clase dominante, los profesores constituyen una clase de alta pequeña burguesía dedicada al *aristocratismo de la moral y de la inteligencia*.

Las disposiciones que caracterizan en forma inherente a los profesores en oposición a los «burgueses» (fracción dominante) y a los «artistas» (fracción temporalmente dominada de la fracción dominante) encuentran su principio en el hecho de que se sitúan a media altura en las dos jerarquías según las cuales se dividen las fracciones de la clase dominante, la jerarquía del poder económico y político y la jerarquía de la autoridad y del prestigio intelectual: demasiado «burgueses» a los ojos de los escritores y de los artistas, de los que se encuentran separados por sus condiciones de existencia y su estilo de vida, demasiado «intelectuales» a los ojos de los «burgueses», de los que no pueden compartir completamente el estilo de vida (salvo en el orden de los consumos culturales), no pueden encontrar la compensación de su doble semi-fracaso más que en una resignación aristócrata o en las satisfacciones relacionadas con la vida doméstica que hacen posible sus condiciones de existencia, las disposiciones vinculadas con su trayectoria social y las

estrategias matrimoniales correlativas.¹³ Por sus virtudes domésticas, por el ascetismo aristócrata que constituye el principio de su estilo de vida y que ofrece un último recurso para la estima de sí mismo cuando desaparecen todos los demás principios de legitimación, y también por la adhesión al mundo y las grandezas de este mundo del que constituye testimonio esta clase espíritu de «servicio público» y de «devoción», a menudo consagrados por condecoraciones, que conduce a las carreras administrativas, los profesores se encuentran más cerca de la alta función pública que los intelectuales y los artistas cuyo culto celebran. La doble verdad de este cuerpo, que no puede cumplir con sus valores más altos sin sacrificar los que corresponden a su propia función, se lee en el juicio que el Rector de Lille hacía sobre Jules Romains, entonces joven profesor de filosofía en un liceo: «Espíritu culto, original, quizás algo distraído por sus ambiciones literarias, por lo demás muy legítimas» (notas necrológica de Jules Romains, *Anuario de la Escuela Normal Superior*, 1974, pág. 43). Esta contradicción, que se encuentra inscrita en la misma definición del puesto y que reproducen las características sociales de los agentes, únicamente puede ser dominada por aquéllos que realizan el ideal proclamado de la excelencia intelectual, pero saliendo del campo universitario (u ocupando «lugares francos», tales como el Colegio de Francia). Más todavía que la doble renunciación intelectual y temporal, que su posición dominada en un universo temporalmente dominado impone a los estratos inferiores del cuerpo profesoral, es la semiconsagración temporal de los estratos medios que hacen entrever la verdad del ascetismo y del desdén profesoral de los honores, inversión simbólica de un desposeimiento: aquéllos que realizan el ideal intelectual dentro de los límites de la universidad, alcanzan así esta forma interior (desde el punto de vista de criterios mismos que reconocen) de la gloria intelectual que puede aportar el campo universitario y los que se poseionan y acomodan (a menudo se trata de las mismas personas) de los poderes ofrecidos por el universo del no poder, reconociendo así la doble ambición que está inscrita en su doble semi-éxito.

Los esquemas profesoriales de percepción y de apreciación funcionan también como esquemas generadores que estructuran toda la práctica y, en particular, la producción de esta categoría especial de productos culturales que forman los tra-

bajos propiamente universitarios, cursos, manuales, o tesis de doctorado. Se volvería a encontrar el equivalente, en el orden de las virtudes intelectuales de las contradicciones encontradas en el orden de las cualidades morales, si se analizara todo lo que estos productos le pueden deber a sus condiciones sociales de producción y de utilización, y en particular a la contradicción entre el imperativo de cultura y de eclecticismo, en la tradición de la suma, y el imperativo de originalidad, contradicción inscripta en los mismos objetivos de una *empresa de producción cultural para las necesidades de la reproducción* que implica siempre, por este mismo hecho, una parte de simple reproducción (cada vez más débil y, sobre todo, cada vez mejor disimulada cuando se procede desde las formas inferiores, manuales, a las formas superiores, tesis de doctorado).

Los docentes del nivel secundario no han producido trabajos (excepción hecha de uno de ellos, autor de traducciones); la producción de los docentes de clases preparatorias de liceos para la Escuela Normal Superior y de clases preparatorias para la Escuela Politécnica se compone casi exclusivamente de manuales, de varios trabajos para la enseñanza. «*Estos libros bien pensados y escritos en forma clara, son, cuando aparecen, trabajos precisos de preparación y constituyen una excelente herramienta para los alumnos*» (nota necrológica de Guillaume Rumeau, profesor de física en la clase preparatoria para la Escuela Politécnica, *Anuario Escuela Normal Superior*, 1962), en cuanto a la de altos funcionarios de la educación nacional, inspectores generales o rectores, se le pueden aplicar los mismos términos que se emplean para caracterizar la obra del decano Hardy: «*Pero la gran labor para Hardy, a su llegada a Dakar, es propor-*

cionarle a la enseñanza los manuales, las obras necesarias para la 'puesta en programas' de los distintos planes de estudio. Hardy pone el ejemplo, abre caminos, publica colecciones, publica libros de enseñanza que van desde el manual o del tratado didáctico al libro de síntesis provisional» (*Anuario de la Escuela Normal Superior*, 1965, pág. 38). La mayoría de los profesores de la enseñanza superior han producido tesis y trabajos de síntesis («*Este amplio estudio, una verdadera contribución a las investigaciones de literatura comparada*», Nota necrológica de Emile Pons, *Anuario Escuela Normal Superior*, 1974, pág. 53; «*Un verdadero éxito de síntesis luminosa y de profunda erudición discreta*», Nota necrológica de Aurélien Digeon, *Anuario Escuela Normal Superior*, 1963, pág. 58); excepcionalmente novelas, ensayos «originales» escritos con «gracia», «finura», «encanto», «lucidez». No se habla de «obra» en el sentido que el medio intelectual le da a esta palabra, o de «gran obra» más que cuando se trata de profesores del Colegio de Francia.

De hecho, una ciencia de las producciones universitarias debería tomar en cuenta todo lo que se refiere a la posición del campo universitario dentro de la estructura de las relaciones de clase y, particularmente, el aristocratismo moral e intelectual que se encuentra en la base, por ejemplo, del ambiente de espiritualismo e idealismo en el que se complace la enseñanza literaria y filosófica, a causa de un desdén aristócrata de todas las formas de pensamiento «vulgares», a las que se les lanzan diferentes anatemas: positivismo, materialismo, empirismo. Los esquemas de percepción y de apreciación que exhuma el análisis sociológico de las necrologías se emplean en la lectura universitaria de Epicuro o de

Spinoza, de Racine o de Flaubert, de Hegel o de Marx. Las obras cuya conservación y consagración incumben al sistema de enseñanza se reproducen así en forma continua al precio de una distorsión tanto más grande cuanto los esquemas que las han engendrado se encuentran más alejados de los que les aplican los *intérpretes titulados*, convencidos de que no pueden hacer nada mejor que leerlos «con los lentes de toda su actitud», como decía Weber, y crearlos así a su propia imagen. Estas disposiciones genéricas se encuentran en realidad especificadas por la posición que ocupa cada lector en el campo universitario. Se ve, por ejemplo, lo que la lectura del más común de los textos antiguos (o Jardín de Epicuro) le puede deber a las virtudes de los jardineros provincianos, y la interpretación ordinaria y extraordinaria de Heidegger a este aristocratismo de la inteligencia que huye por los senderos del bosque o sobre los caminos de la montaña de las multitudes pusilánimes y vulgares, en donde sus análogos concretos, los (malos) estudiantes siempre renovados que hay que arrancar incesantemente a los entusiasmos mundanos para imponerles el reconocimiento de los verdaderos valores.



* En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Núm 3, París (1975). Traducción al castellano de Emilio Tenti Fanfani, editado por Carina Kaplan.

** Profesor del Colegio de Francia

*** Socióloga. Investigadora de la escuela práctica de altos estudios en ciencias sociales en París.

NOTAS

1. Cf. P. Bourdieu, M. de Saint Martin, «La excelencia escolar y los valores del sistema

francés de enseñanza», *Anales*, 25, enero-febrero 1970, págs. 147-175.

2. Errata: Se ha reproducido por error en las páginas un diagrama construido, en una etapa anterior de la investigación, según un principio diferente del que está escrito en el texto. Establecido por diagonalización de los datos - según el método que propone Jacques Bertin en su *Semiología gráfica*-, esta matriz había permitido, en un principio, establecer una jerarquía de los calificativos (de los más peyorativos a los más laudatorios) y una jerarquía de los orígenes sociales unidos por una relación simple y directamente legible. Teniendo

en cuenta que la jerarquía de los orígenes sociales obtenidos en tal forma se encontraba muy cerca de la que se puede establecer a priori tomando como criterio el capital cultural de la familia, se ha construido sobre esta base una nueva matriz, la que se presenta aquí con el fin de verificar si la relación indicada por la diagonal, sí se manifestaba (lo cual es el caso), y por otra parte, con el fin de volver sensible a la idea de *máquina transformadora* que ha nacido de estas operaciones, justificando la elección de un método tan simple (la contrapartida de esta presentación de los resultados se encuentra en el hecho que hace que sea vi-

sible la parte de arbitrariedad que introduce, cuando menos, en el detalle de las fracciones de clase: el establecimiento de una jerarquía lineal). Ya que está dada la ocasión, sería quizá necesario decir que la elección de esta forma de presentación de los resultados pareció imponerse por sí misma, en detrimento de representaciones más prestigiadas por ser más esotéricas y, en este caso en particular, menos fecundas (como es el análisis factorial), tratando de permitir al lector reproducir los pasos de la investigación.

3. Completamente ausentes en la clase del año estudiado, las alumnas procedentes de las clases populares (que nunca son más que una o dos por clase) son objeto de apreciaciones que se encuentran muy cerca de las que se hacen acreedoras las alumnas de las clases medias.

4. Las páginas que siguen toman mucho de las investigaciones que estoy realizando junto con Luc Boltanski, sobre los usos ideológicos del lenguaje.

5. Esta taxonomía práctica se revela con una claridad particular en el discurso dedicado a la celebración de la obra de arte, y en forma más general, de todos los atributos exclusivos de la clase dominante (cf. P. Bourdieu, «Las fracciones de la clase dominante y las formas de apropiación de la obra de arte», *Información sobre las ciencias sociales* 13 (3), págs. 7-32).

6. Se encontrará otro análisis de los fundamentos institucionales del poder del lenguaje en P. Bourdieu, «Las condiciones sociales de la efi-

cacia del ritual». Próximo a publicarse en *Actas de la Investigación*.

7. De buena gana se le concederá a Lacan que «la fórmula de Chamfort», de que se debe apostar que toda idea pública, toda convención recibida constituye una tontería, porque le convido al mayor número, satisfará seguramente a todos aquéllos que piensan escapar a su ley, es decir, precisamente el mayor número (J. Lacan, *Escritos*, París, edición du Seuil, 1966, pág. 21). A condición de añadir: el mayor número de aquéllos a quienes el sistema social y el sistema escolar tratan como a elegidos.

8. Lengua que se habla en el norte de Francia (N. del T.).

9. Lengua que se habla en el sur de Francia (N. del T.).

10. En las notas necrológicas no se mencionan más que los acentos desviados en relación con los acentos conformes, y entre éstos, los acentos del «mediodía». «Su acento rudo de originario de los Pirineos, pronunciando fuerte las erres y doblando ciertas consonantes», nota de G. Rumeau, nacido en Arbéost (Altos Pirineos), hijo de maestro, *Anuario Escuela Normal Superior*, 1962, pág. 42; «Una voz dura, que no rehusaba las vibraciones del terruño», nota de A. Monesarrat, nacido en Castres (Tarn), *Anuario de la Escuela Normal Superior*, 1963, pág. 54.

11. Esta serie constituye un buen indicador empírico del valor del título de normalista en el mercado y es a partir de un conocimiento más o menos exacto de la «cotización» del título que en la misma se expresa donde se constituye la

visión subjetiva del campo de los posibles que define las aspiraciones y las esferas en un momento dado del tiempo. Sobre la relación entre trayectoria y campo de las trayectorias posibles, cf. P. Bourdieu, «Porvenir de clase y causalidad de lo probable», *Revista Francesa de Sociología*, 15 (1), enero-marzo 1974, págs. 3-12, especialmente pág. 14.

12. No habiendo sido nunca alabada como un valor digno de ser buscado por sí, la oscuridad no puede ser reconocida más que bajo la forma de las virtudes positivas que supuestamente debe suponer, desdén de los honores y rechazo de la búsqueda de éxitos extrauniversitarios. En testimonio de ello citamos la siguiente frase dirigida hace unos 20 años por un profesor de la Sorbona a un candidato conocido fuera del medio a causa de sus escritos de ensayista y de periodista: «No es usted lo suficientemente oscuro».

13. El análisis de una muestra de universitarios y de escritores o artistas registrados en el *Who's who in France* (edición de 1969-1970) hace aparecer un conjunto de diferencias sistemáticas entre estas dos poblaciones. Los universitarios se caracterizan por un número promedio mucho más elevado de hijos (2.39) que los escritores y los artistas (1.56); una tasa menos elevada de solteros o de divorciados (respectivamente 0.9% y 0.9% contra 16.6% y 10.7%); una tasa mucho más elevada de condecoraciones (65.1% tienen la Legión de Honor contra 39.2% entre los intelectuales).

FLACSO

Programa Argentina

Actividades de Formación y Capacitación

Diploma de Postgrado

Constructivismo y Educación

en convenio con la Universidad Autónoma de Madrid

Coordinador: Mario Carretero (Univ. Autónoma de Madrid)

Equipo docente: Mikel Asencio (Madrid), Juan A. Huertas (Madrid), José León (Madrid), Daniel Gil (Univ. de Valencia), Laura Fumagalli (FLACSO), Silvia Finocchio (FLACSO) y otros.

Duración: abril-diciembre Modalidad: semipresencial
Pasantías y cursos opcionales en Madrid (UAM) sin costo adicional

FLACSO ARGENTINA

Ayacucho 551 - (1026) Capital Federal - Tel.: 375-2435/2438/2446 - Fax: 375-1373